



Queridas hermanas:

Poco después de la medianoche, en la comunidad de Alba “Divina Providencia”, el Maestro divino ha abierto los ojos a la vida eterna, a nuestra hermana

**CASTELLINO CATERINA Hna. MARÍA CARLA**  
**nacida en Cúneo el 12 de mayo de 1938**

La vida de esta querida hermana, en su simplicidad y fe, está envuelta por la gracia del misterio de Dios. Entró en congregación en Alba, el 24 de octubre de 1959 siguiendo el ejemplo de su hermana, hna. Magdala. En Casa Madre vivió sus primeros tiempos de formación y luego de una breve experiencia apostólica en Alessandria, se trasladó a Roma para el noviciado, que concluyó, con la primera profesión, el 30 de junio de 1963. También pasó el tiempo del juniorado en Roma, gastando sus fuerzas en el activo sector de expedición; Luego fue a Alba para prestar ayuda en la enfermería. Considerando su gentileza y delicadeza, se le propuso la preparación en el área de la enfermería y en 1969, obtiene el diploma como enfermera general. Ciertamente no imaginaba cuánto esta orientación marcaría toda su vida paulina.

En 1973, mientras se encontraba en la comunidad de Albano para recibir los cuidados adecuados debido a una grave enfermedad, su hermana Hna. Magdala, durante un curso de ejercicios, sufre un aneurisma cerebral. Desde entonces, las dos hermanas fueron llamadas a unir sus vidas con la dolorosa vida de Jesús en la cruz. El lecho de Hna. Magdala, por más de treinta años, se convirtió en el altar de la ofrenda diaria, que Hna. Carla estuvo llamada a compartir porque era una de las pocas personas que, podía entender las expresiones de su hermana y facilitar su comunicación con el mundo exterior. Mientras compartía ese sufrimiento, continuó a entregarse como enfermera, a la comunidad y a las hermanas necesitadas, primero en Alba y desde 1992 hasta la muerte de Hna. Magdala, en Albano “Tecla Merlo”. En esta última casa, se dispuso para prestar ayuda en la farmacia del Hospital: sonriente y silenciosa, cruzaba el parque más de una vez al día para ir a los repartos hospitalarios y desarrollar su tarea puntualmente. No obstante, su continua entrega a su hermana, encontraba el tiempo para participar activamente en los encuentros y momentos comunitarios.

El silencio, la mansedumbre, la bondad y su dulce sonrisa enmarcaban su persona y caracterizaban a de Hna. Carla también cuando en el año 2006, regresa a Alba, primero en la comunidad “San José” y luego a la “Divina Providencia”. En el 2007 escribía: «...Todo es regalo de Dios: mi vida es toda suya y por mi parte deseo que cada molécula sea un ofrecimiento, que cada instante de mi vida sea unido a su misma vida. Que mi presencia, mi servicio sea el que este sea, pueda ser una expresión de paz y benevolencia. Agradezco al Señor por todo y siempre...».

Hasta hace algunos años, cuando tuvo que rendirse debido al surgir del mal de *Alzheimer*, se prestó como enfermera de la comunidad con precisión atención y mucho amor. A estas alturas, sus muchas experiencias literalmente la habían consumido. Ha vivido los últimos años según su estilo, con sobriedad y discreción, pensando en los demás más que en sí misma. Hace una semana, resultó positiva al *Covid19*, junto a diversas hermanas de la comunidad. Su físico frágil y enfermo no fue capaz de eliminar el virus. El Señor Jesús, Luz del mundo, llegó en medio de la noche, la “tocó” con su toque salvador y regenerador, ha abierto sus ojos para que pudiera gozar siempre de su presencia.

Mientras agradecemos a esta querida hermana por tanto bien difundido, estamos especialmente cercanas a la comunidad de Casa Madre que en este momento, como “Madre” está llamada a dar la vida, a sufrir y ofrecer para que la Palabra corra y se difunda hasta los confines del mundo.

Con afecto.

  
Hna. Anna Maria Parenzan